SIMPOSIO SOBRE ROBERTO MURILLO

Manuel Triana Ortiz

Roberto Murillo: maestro de vida universitaria[1]

Con motivo de realizar el acuerdo de la Asamblea de la Facultad de Letras para honrar el auditorio de su edificio con el nombre de Roberto Murillo, surgió la idea de honrar a su vez al querido maestro, estudiando su pensamiento en los textos que nos legó. De esta manera quisimos no limitarnos a recordar al gestor de la iniciativa y el principal impulsor de la construcción del bello edificio que alberga nuestra Facultad, sino que quisimos recordar también al profesor, al filósofo, al intelectual, al hombre, al escritor, al amigo, al maestro de vida universitaria[2].

Aunque es difícil retomar uno sólo de los aspectos anteriores independiente de los demás, como suele suceder al hablar de una personalidad como la de quien nos convoca en estas páginas, procuraré evocar la remembranza de nuestro apreciado Roberto, bajo la perspectiva del maestro de vida universitaria. Además de sus textos, haré referencia a la imagen del hombre que recuerdo, o, mejor diría, que recordamos, en la memoria colectiva de la Escuela de Filosofía.

Parafraseando una sentencia supuestamente aristotélica repetida por Kant en algunos de sus escritos, no sería demasiado insensato pensar que Roberto pudiera haber dicho: "estimados universitarios: La Universidad no existe". Y es que para él la Universidad no era un ente, realización de una esencia, sino una tarea permanente. Siguiendo a Georges Gusdorf, quien había sido su profesor, señalaba que la universidad es una utopía (1982) y que, aunque no se cumpla por esa calidad, genera auténtica riqueza. Ahora bien, podría pensarse en otras instituciones en quienes se cumpliera la misma sentencia; pero, para él la universidad no se trataba de una particular, puesto que representaba "la más alta institución de libertad colectiva" (1978, 22).

Este carácter universitario de ser tarea en realización permanente, lo relacionaba el profesor Murillo con su forma de concebir la docencia, en la cual el conocimiento, su objeto fundamental, no debía verse como un patrimonio consumado, herencia de una generación a la siguiente, sino más bien como aquello que debía ser descubierto y redescubierto cada vez, cada día, en tensión permanente hacia la conquista de la verdad (1978, 99). Para algunos de quienes seguimos cursos suyos, el inicio de los mismos siempre era un tanto difícil: costaba trabajo seguir al maestro, comprender lo que daba ilación a sus exposiciones. Sólo en la medida del esfuerzo personal, tanto de leer y comprender los textos asignados, como de establecer relaciones, pensar y repensar lo escuchado y de escucharse a sí mismo, se llegaba a dar cuenta que "la materia" se lograba entender cuando se tomara posición personal frente a ella. Entonces todo se hacía más claro. Así por ejemplo, a propósito de un tema favorito suyo sobre el que dictó varios cursos, el *eros* y el *logos* en Platón, recuerdo que en aquel que yo matriculé, el profesor Murillo se frotaba el mentón (una forma de expresar su disfrute) cuando a la mitad del semestre sus alumnos disputábamos, argumentando, no sin pasión y con ideas encontradas, si para el filósofo-poeta *eros* y *logos* eran intermediarios que lograran cabalmente su aparente finalidad natural: unir. El mismo profesor había hablado muy poco sobre ello, lo cual, sin embargo, era un objetivo central del curso. Luego de esta experiencia, todo el curso se iluminó, cada clase se hizo diáfana, en medio de la riqueza de perspectivas que se habían generado gracias a la labor del profesor.

Bajo el mismo planteamiento del conocimiento como algo por descubrir y redescubrir

en tensión hacia la verdad, puede comprenderse a Roberto, el escritor. Su libro de mayor envergadura filosófica, *La forma y la diferencia*, no termina con una conclusión, sino con un epílogo. Para justificar su opción afirma que "Cerrar efectivamente el círculo del conocimiento equivaldría a dar por un hecho la intuición intelectual... En la identidad entre el círculo y el punto, el hombre sería Dios, no llegaría a ser como Dios " (1987, 297-298). En el mejor estilo platónico, el autor no cierra su texto, sino que, sobre los complejos problemas abordados en él, le pasa la palabra al lector para que el diálogo prosiga.

La idea de la universidad como utopía también se podía relacionar con la forma como Roberto Murillo, entendía la institución universitaria. Bajo esta perspectiva, la universidad sobrepasaba la docencia y la investigación, y se constituía "en una instancia de convergencia de la multiplicidad de conocimientos hacia la unidad del saber" (1982a). Ahora bien, tal convergencia sería posible sólo en la medida en que la unidad se buscara en el fenómeno humano. Pues era realmente en quien confluía la diversidad. En él se cerraba el círculo que comenzaba en el estudio de temas aparentemente ajenos. Gustaba decir, en este sentido, que el estudio de los astros más lejanos es siempre una forma de buscarse a sí mismo del ser humano.

Ahora bien, en algunos de sus escritos insistía que aquello que más nos acerca a nosotros mismos, sin ser un fin en sí, es el lenguaje. Por ello, de cierta forma, todo en la universidad debía ser filología, en el sentido más original del vocablo, es decir, amistad por la palabra, pues el lenguaje era el instrumento de los instrumentos (1982a). Cada disciplina se especializa en una forma definida de lenguaje, pero cualquiera que fuera debía tener como punto de referencia al lenguaje natural con que hablamos, escribimos, pensamos..., con el que nos comunicamos con los otros, y con nosotros mismos. No por ser educación superior, la universidad debe perder de vista en su tarea educativa, según él, la importancia de saber hablar, leer y escribir bien. Él mismo se propuso en sus escritos hablar y escribir con "el lenguaje usual de la conversación educada", (Cornford citado en Murillo, 1987, 12) para que los tecnicismos del lenguaje filosófico no impidieran la comunicación.

La importancia de una Facultad de Letras, radicaba, no en que se enseñara la gramática o la sintaxis de tal o cual lengua, o los entresijos de un críptico sistema filosófico, sino en que se hiciera teniendo en cuenta que la existencia de tal Facultad radica en el valor que una casa de estudios universitarios otorga al lenguaje, pues es con él, que hay posibilidad de comunicación universal, así como de la comprensión de lo otro y de sí mismo.

Suele hacerse una distinción entre filósofos del tiempo y filósofos del espacio. El mismo Roberto recurría a tal distinción cuando ella le permitía explicar mejor algún autor. Aunque yo no podría decir tan fácilmente donde ubicar su propio pensamiento, pienso que, en los párrafos anteriores, hay elementos que se refieren al aspecto temporal de la universidad, especialmente cuando habla de la universidad como utopía. Pero para él era muy importante también la dimensión espacial. En su forma de "habitar" el mundo, esta dimensión era fundamental.

Llamó Irco a un país imaginario que creó siendo niño, donde colocaba sus juegos infantiles (1978, 98). Se trataba de una isla de extensión precisa y estaba ubicada también en lugar preciso. Incluso dibujó un mapa de la isla que albergaba a aquel país, así como su bandera y su escudo. Esta exigencia de precisión espacial era característica de su personalidad. En Roberto, por ejemplo, encontramos un excelente anfitrión. Fácilmente se descubría la preparación de un encuentro en su casa: había efectivamente un tiempo y, especialmente, un lugar para sus invitados en cada uno de los diferentes aposentos donde irían a estar.

Ir de paseo con él era también una grata experiencia. Conocía con lujo de detalles los lugares a donde ir. Sabia dónde encontrar parajes hermosos, conocía muy bien las vías, los senderos, los atajos. Con él se podía ir con la seguridad de que no había peligro de perderse, pues sabía bien cómo salir de lugares recónditos al tener identificados varios caminos.

Alguna vez comentábamos que su problema de temor a viajar en avión o en barco, ciertamente relacionado con un vértigo severo, podría estar

también conectado con el hecho de tener la sensación de perder los puntos espaciales de referencia.

La importancia de la ubicación en la manera de ser de Roberto, nos invita a adivinar que aprendía con precisión espacial. Su excelente memoria debió haberla él dispuesto como una gran casa, o un gran territorio, otro Irco, donde ubicar a todos los conocimientos que albergaba. Esto le permitía en su vida intelectual, ubicar y relacionar rápidamente, con exactitud, las ideas, los autores, los versos, las imágenes poéticas, con las cuales se servía para exponer sus propios pensamientos[3].

Pues bien, refiriéndonos de nuevo a la universidad, es sencillo imaginar que, para Roberto, ella no podía pensarse sin un lugar, que la institución no necesitara su propio espacio. Y no podía ser cualquier espacio. Si la universidad la concebía como "la más alta institución de libertad colectiva" –según ya recordamos– desde donde adquiere sentido "el ir y venir de la vida cotidiana"; si los universitarios tienen como misión "la creación y recreación de la alta cultura", el espacio necesario debía garantizar por ello la posibilidad de realización de las actividades propias, la investigación, la meditación y la docencia. Roberto gustaba por ello disfrutar del hermoso campus que alberga nuestra universidad. Se le podía ver caminar por sus calles y senderos, deleitándose del paisaje universitario.

A propósito de la dimensión espacial, uno de los principales logros como Decano de la Facultad de Letras, que fue Roberto entre 1978 y 1982, consistió en dotarla de un espacio propio, de un edificio, pero no de uno cualquiera, "de una caja o una torre, donde encerrar a la Facultad, o un balcón doble sin interior"(1982a) sino, como gustaba decirlo, del "más hermoso" de la universidad (1982b)[4].

En el discurso de su inauguración recurrió a Kant para explicar, mediante procesos de la razón en su capacidad de discernimiento, cómo las categorías necesitaban de la *aestesis*, particularmente del espacio, para manifestarse. De esta manera, la importancia del lenguaje, de la filología en cuanto amistad de las palabras, cobraba posibilidad de ser percibida en la apariencia efectiva de un espacio.

Después de su jubilación, Roberto siguió trabajando en el Posgrado de Filosofía. Entre sus labores académicas dictó un curso memorable sobre la filosofía de la historia. Luego, en los últimos meses antes de caer enfermo, tuvo un serio conflicto con la Universidad. De alguna manera sintió que ganaban batallas los demonios que había querido espantar con su palabra, al hablar de su idea de universidad y de los obstáculos que la acechaban: la administración gerencial basada en evaluaciones cuantitativas y no cualitativas (1978, 23); la subordinación de la docencia, basada en una visión de desconfianza de las actividades de los profesores por parte de la administración; una democracia malentendida que llevaba a facilitar la promoción y graduación a expensas de la excelencia académica (id.); el gobierno de la universidad en manos de los profesores que creían que ascender en la universidad es ocupar puestos administrativos (1978, 35); el olvido de lo esencial, el cultivo de la teoría, en función de la respuesta a lo urgente, los problemas cotidianos; la reducción de la sana negación, basada en la finitud y en la creación, por la de la oposición destructiva, por ejemplo la de las campañas universitarias para puestos de gobierno basadas en hablar mal de otro partido o candidato; las oligarquías académicas que imponen sutilmente lo que piensan, haciendo creer a los otros que son ellos quienes piensan; la mayor importancia del "trabajo obtuso" como evaluaciones inimaginables, congresos sin faz, y otras gestiones burocráticas; el olvido del ocio creador más cercano a la labor del profesor como el teatro, el concierto, una buena película, una buena conversación... la lectura de un libro (1978, 134).

Todos estos demonios rondan todavía pasillos de nuestra Universidad, y probablemente de muchas otras. Precisamente por ello debemos darle un lugar y un tiempo a la memoria de Roberto Murillo en nuestra casa de estudios, tanto por su alto ideal de universidad como por las advertencias de lo que la pueden poner en peligro. Por ello es justo que un lugar cálido para *audire* y conversar, se honre con su nombre. Pero también es importante leerle y estudiarle en sus escritos. La lectura de sus textos, además de ser un deleite, informa, forma, y es también fuente de ideas filosóficas, tal vez las más originales de nuestro medio. Semejante manera de realzar su nombre requiere dar difusión a sus escritos. Y, tal vez una forma feliz de hacerlo, además de

la publicación de su obra completa, sea dialogar con los documentos que nos dejó. Este diálogo lo inician, entre otros, quienes fueran sus alumnos, sus colegas o amigos en las páginas siguientes.

Notas

1. Este texto es una versión ligeramente modificada de las palabras leídas el miércoles 28 de abril de 2004, con motivo de la nominación del auditorio de la Facultad de Letras, con el nombre de Roberto Murillo.
2. Roberto Murillo nació en 1939. Algunos nos sorprendimos al enterarnos que hubiese nacido en San José, pues le oíamos decir que él era "cartago". Nos aclaró que sí lo era, "por adopción". Hijo de personas sensibles a la lectura, Roberto fue lector desde tierna edad. Muy joven leyó *El Quijote*, libro sobre el cual dio el penúltimo curso como profesor del Programa Doctoral de Filosofía. Sus estudios de secundaria los realizó en el Liceo de San Luis Gonzaga, donde tuvo maestros que pudieron estimular su despierta inteligencia. Así pasó también en la Universidad de Costa Rica, donde obtuvo su Licenciatura en la antigua Facultad de Ciencias y Letras. Luego viajó a Estrasburgo a doctorarse en filosofía. Entre sus obras se encuentran un estudio sobre Antonio Machado, *Tres temas de filosofía, Ensayos sobre El Quijote* y *La forma y la diferencia*. Jacques Étienne en un artículo de la *Revue Philosophique de Louvaine* (tome 87, 4eme série, No. 76, Nov. de 1989) señala como un texto muy importante sobre el tema el escrito sobre la causalidad en Henry Bergson, estudio publicado por Roberto en un número extraordinario de la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (vol 7, no. 23, 1968, pp. 3-127), bajo el título *La notion de causalité dans la philosophie de Bergson*. En la misma Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica se encuentran varios artículos del autor costarricense así como en otras revistas locales. Columnista muy leído del diario *La Nación*, recogió muchos de sus artículos en dos libros que llamó *Estancias del pensamiento* y *Segundas estancias*.
3. Gracias a la "geografía" de su mente, combinada con una gran imaginación, tenía también la posibilidad de mostrar la capacidad seductora de las grandes obras filosóficas, y la filosofía de las obras maestras de la literatura. Lo que dijo de *El Quijote*, también podría aplicarse a otras obras y autores: afirmaba que lo mejor es leerlos y disfrutarlos, pero "sin inhibirnos de ver en él (ellos) la gran paradoja de la existencia, la forma que se dibuja en el vaivén de la identidad y de la diferencia, la convergencia entre el ser, el pensar, el querer y el amar, y su ulterior divergencia" (1993, vi). En el Irco de su mente, la filosofía y la poesía no sólo eran muy cercanas, sino que compartían territorios: su vocación abarcadora, y el recurso a la metáfora. No era que la filosofía se escribiera en versos, ni que la poesía dejara de ser canto y cuento, pero en ambas se daba "el asombro frente al ser de las cosas" y "la posición de la existencia entera de quien hace la pregunta e intenta la respuesta" (1990, 14).
4. La noche de la nominación del auditorio de la Facultad, Rocío Murillo comentó el impacto que le había causado en su mente de adolescente el reto que afrontó su padre al apostar a "lo imposible" de la construcción de un edificio nuevo para la Facultad, frente a lo posible que consistía en aceptar el ofrecimiento por parte de las autoridades de uno ya existente.

Bibliografía

Etienne, J. (1989) Bergson et l'idée de causalité. *Revue Philosophique de Louvaine*, tome 87 (4eme série, No. 76), Nov.

Murillo, R. (1993) *Tres ensayos sobre el Quijote*. Cartago, Costa Rica: Editorial Cultural Cartaginesa.

_____. (1990) El filósofo. *Cumbre*, 90, 13-18.

_____. (1987) *La forma y la diferencia*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

_____. (1982a) El hermoso edificio de la Facultad de Letras. *La Nación*, Costa Rica, 4 de noviembre de 1982, p. 15.

_____. (1982b) La autenticidad universitaria. *La Nación*, Costa Rica, 20 de noviembre de 1982, p. 15.

_____. (1978) *Estancias del pensamiento*. San José: Editorial Costa Rica.